

JUEGO Y TRAMPA EN LA SOLEDAD DEL ÁNGEL DE LA GUARDA DE RAÚL GUERRA GARRIDO

María Dolores Alonso Rey

▶ **To cite this version:**

María Dolores Alonso Rey. JUEGO Y TRAMPA EN LA SOLEDAD DEL ÁNGEL DE LA GUARDA DE RAÚL GUERRA GARRIDO. Gimbert Anne ,Lorenzo Martin, Lorenzo. Le jeu. Ordre et liberté, Almoreal/Editions Cénomane, pp.75-86, 2014, 978-2- 916329-64-2. halshs-00682945

HAL Id: halshs-00682945

https://shs.hal.science/halshs-00682945

Submitted on 27 Mar 2012

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

JUEGO Y TRAMPA EN *LA SOLEDAD DEL ÁNGEL DE LA GUARDA* DE RAÚL GUERRA GARRIDO

ALONSO REY Mª Dolores

Raúl Guerra Garrido trata de nuevo el tema del terrorismo en *La soledad del ángel de la guarda* centrándose en un escolta, figura habitual en una sociedad dominada por el terror. La circunstancia vital del protagonista condiciona la forma del relato. Se trata de un monólogo interior cuya función es poblar la soledad y llenar el tiempo, pues la esencia de la profesión es la espera: "Esperaba. Es mi oficio[1]" (G,191). Este monólogo se presenta como un relato meramente mental sin posibilidad de que se convierta en escrito. El narrador de este relato homodiegético lo justifica primero por su bajo nivel cultural y después por tratarse de una medida de seguridad:

> "cuando digo no sé me refiero a por escrito, y aunque supiera, ni de coña, ni la lista de la compra. Por eso me lo cuento de memoria" (G, 24)

Equipara su actividad mental y la circunstancia que requiere tal inmaterialidad con la situación de los deportados en el nazismo:

> " Es como llevar un diario en un campo de concentración […], pienses o lo que sea, da igual, terminará junto a tu cuerpo serrano en el microondas" (G, 25)

De ahí que se presente como un hablador solitario: " la soledad sólo se soporta si uno es un buen conversador consigo mismo" (G, 27)

En esta conversación la imagen del juego está muy presente. La analizaremos centrándonos primero en los juegos de palabras, luego en la concepción de la profesión como juego y por último en los puntos de contacto entre vida y juego.

El escolta que protege a un profesor universitario jubilado y amenazado de muerte es un hombre joven de formación media. Entre ambos hay una diferencia generacional y cultural. El universitario le proporciona vocablos cultos que cohabitan con su ideolecto, caracterizado por su inseguridad lingüística. Esta se expresa mediante interrogaciones retóricas "disuasoria, se dice así ¿no?" (G,41); o disyuntivas "arte cisorio o disuasorio o lo que sea" (G, 119); frases hechas "levitamos o como se diga" (G, 38); asociaciones frecuentes de sustantivo y adjetivo "dolor lancinante o laminante, o como se llame" (G, 213). Esta torpeza le autoriza a llevar a cabo toda una serie de manipulaciones lingüísticas con fines lúdicos. Por ejemplo, la falsa etimología: "¿vendrá currículum de curro?" (G, 45); asociaciones fónicas que terminan en la creación de neologismos: "eufeísmos o eufemismos", "meteórica ni metafóricamente" (G,47); "adora las citas o estalagmitas" (G, 62) ,"ser de gonorrea" (G,99) o la asociación fónica:" me repito pito gorgorito"(G, 197).

Con estas estrategias el conversador rebaja la tensión que soporta. Pero la oralidad le empuja también en dos direcciones. Por un lado tiende a automatizar su expresión usando frases hechas que adiciona para alargar el discurso:

> "mala leche condensada (G, 175)/ importarle un higo chumbo (G, 81) / para qué me voy a contar (G, 170)/ más raro que la leche en polvo (G, 141/) una pizza de suerte (unión de una pizza y una pizca de suerte) (G, 64) , " costar un huevo de la cara"

1. Guerra Garrido, Raúl., *La soledad del ángel de la guarda, Madrid, Alianza Editorial, 2007.*

Por otro lado, rompe los automatismos de frases hechas, con lo que se producen destellos humorísticos:

> "menos da una hiedra (G, 83)/ fantasmas de carne y huevo (G, 77)/ tiene malvices la cosa (G,95)/ sobre gustos no hay nada escrito con sensatez (G, 95) / la conciencia ficción (G, 118) / darse con un yunque en el pecho (G, 217)/ hacer la vida imbebible (G, 115)/ se te fue el santo al hielo (G, 161) / una solterona de las de ordeño"

Algunos son verdaderos hallazgos semánticos. Describe una petaca con munición como "petacas de acero inolvidable"(G, 118) el adjetivo de materia esperado "inoxidable" se sustituye por otro que describe el efecto causado por las balas "inolvidable". En "más vale que zozobre que no falte"(G, 31) sustituye el verbo sobrar por zozobrar al cruzarse en su mente la posibilidad de un fracaso en la relación con el protegido por la cantidad y calidad de su conversación.

La conciencia de que ciertos automatismos del lenguaje figurado pueden chocar con la realidad y dar lugar a episodios de humor negro inoportunos está presente. El conversador es consciente de esa disonancia y se disculpa a su modo. En la secuencia de la salida al cine con su protegido se produce en dos ocasiones y en dos direcciones opuestas:

> "era un magnífico recuerdo de terror infantil, de cuando se pasa bomba pasando miedo. Lo de decir es pasarlo bomba es una inconsciencia" (G, 130)

> "o las pagas tú [las entradas] o las paga el protegido, un auténtico incordio de lo más violento. Violento es un decir, claro." (G, 131)

En otras ocasiones el procedimiento se usa conscientemente, como cuando utiliza un léxico armamentístico para explicarse el porqué de su misión:

> "que se opone a todo, puede que por ahí vayan los tiros. Bueno, confío en que no vengan. Ha escrito varios tochos de grueso calibre […] La leyenda urbana apunta a una entrevista, asesinaron al entrevistador, un periodista amigo suyo y a partir de ahí le condecoraron con la escolta." (G, 43)

Fragmento que culmina con un hallazgo expresivo gracias a la paronomasia. Define al protegido como

> "uno de esos que se sitúan en las fronteras en donde los hombres se enfrentan, fronterizo de por vida. De frente hasta la nuca" (G. 43)

expresión sintética en la que se ha suprimido el sintagma con el que se describe el modus operandi de los terroristas: el tiro en la nuca.

De tonalidad más ligera son las alusiones literarias. Define su profesión aludiendo a Cela como "oficio de tinieblas" (G, 25); parafrasea a Quevedo con "un hombre a unas gafas de sol pegado"(G, 43). Otras veces altera títulos, gracias a la paronomasia. *En brazos de la mujer madura* de Vizinczey, se vuelve "en brazos de la mujer más dura" (G, 201) para aludir a la cuñada de su protegido. Cambia también la categoría gramatical de las palabras citadas. El subjuntivo manriqueño "avive el seso e despierte" se convierte en imperativo con fase hecha : "aviva el seso y despierta la curiosidad"(G, 25).

No falta tampoco el calambur incluso en las situaciones más críticas. Para exigir libertad, su protegido se tira al suelo con sus amigos en el centro de la ciudad. El escolta evalúa la situación:

"Así caído en el suelo, indefenso como una tortuga cara arriba. ¿escarabajo o es cara arriba?" (G, 137)

Asociación de ideas que también se da en "locura quien todo lo cura"(G,72). Incluso el calambur se convierte en anacoluto - "de tienda en tienda lo que le quiero" (G, 73) / "tienda a tienda a los clientes"(G, 73)- o en neologismo: "un gol como umpiano, no sé lo que es umpiano, pero pesa" (G, 193)

En su ideolecto se encuentran neologismos que vienen a constituir una especie de jerga profesional o personal. Se refiere a los terroristas, denominados siempre como *los malos*, con términos cuyo contenido semántico se recompone en el contexto.

"los dos matutanes no tendrían ningún problema para reducirme. Están cachas los dos pulonios zofilechos." (G, 107)

Matutanes parece la unión de matones y orangutanes. "Pulonios, calmavisco, gofilechos, zangolotino, casquiluicio con sisalma" son de dudoso origen. Otros forman parte de la jerga profesional "autonos, secretas, maderos, privados" por policías autónomos, policía secreta, nacional o seguridad privada. El eufemismo lo usa para referirse a las armas y a su arma: "baguette, cacharro, empanadilla, juguete, Betty, epicentro del terremoto…". Creaciones léxicas tenemos en " lotecientas veces" (G, 63) o en "periodista interviudador" (G, 157), unión de interviú y enviudar, esto es, un periodista asesinado que deja una viuda.

La dimensión lúdica de la lengua le permite al protagonista dulcificar la presión a la se encuentra sometido. Este concibe la vida y su profesión como un juego, como muestran el léxico y las imágenes utilizadas.

Abundan las frases hechas: "lo de si va a llover da mucho juego" (G, 51), "creo que la cosa tiene marcha atrás si pintan bastos" (G, 83), "pintar bastos" en sentido figurado significa que la situación se complica. Diseña en su piso un dispositivo de seguridad muy complejo, que es "es un juego de niños"(G,177) ; los componentes forman "un juego" y se encuentran "en cualquier cacharrería electrónica de juegos infantiles" (G,117) Él es un as no por ser un experto, sino por pertenecer a la Ases, "nuestra asociación de escoltas" (G, 118) Manipular armas es un juego :

"Empuña una Magnum del 45 […] recuerdas cómo jugando con una cosa así un marine partió en dos a un doberman en Port Said" (G, 207)

Utiliza la metáfora "la vida es un juego" para describir la cronología profesional y vital de su protegido como un partido de fútbol:

" ¿por qué necesita escolta a estas alturas de partido y no antes de llegar a la prórroga? Catedrático jubilado de historias pasadas" (G, 42); un acto académico en el que interviene el jubilado es "algo similar a un partido homenaje" (G, 179)

Equipara distintas actividades con juegos. Reduce las nuevas tecnologías a su función lúdica:

"frente a una pantalla está el jovenzano […] ahí están dándole a chats, bitácoras, webs, […] y demás juguetes.com" (G, 201)

Cuando sigue a alguien del que desconfía se justifica recurriendo al juego: "preguntándome por qué la sigo. Porque sí por puro juego" (G, 74)

La dimensión lúdica se aplica también a actividades como ver una película subtitulada :

"me gusta el juego ese de a ver si te da tiempo de leerlo todo y saber quién lo dice" (G, 130)

O al disimulo de la realidad en el juego de la seducción:

"- Tú eres un ejecutivo […] Te alagaba descaradamente […] el bulto de la cintura era tan ostensible como definitorio, pero seguiste el juego de las apariencias." (G, 159)

Explica sus vivencias mediante juegos concretos:

"una de las leyes sicológicas más certeras del póquer es que si en una partida no has descubierto todavía quién es el tonto, es que ése eres tú" (G, 167)

Las alusiones al póker enmarcan una analepsis con la que narra un episodio de su pasado. Así, frente al discurso victimista del feminismo triunfante, él se presenta como víctima del negocio sexual montado por una compañera sobre cajas de misiles de la U. S. Army y consentido por los intereses de la jerarquía:

"usarmy rápido que en cualquier momento puede sonar la alarma […] La chorva tenía un sentido fiduciario equivalente al impuesto progresivo de la renta de las persona físicas, cuanto más ganaban más descuento les hacía" (G, 169)

El juego más citado es el mus. La imagen del juego se utiliza en su vertiente normativa. Jugar equivale a respetar unas normas precisas e independientes de las de la vida. Un concejal socialista fue asesinado mientras jugaba. Por voluntad propia, dejó de respetar las normas establecidas por los guardaespaldas. Su condición de amenazado de muerte requería que renunciase a los espacios de sociabilidad y libertad que proporciona el juego. Estos debían evitarse, pues el juego se convierte en una frontera que marca la exclusión o la inclusión sociales. De ahí que el guardaespaldas presente a la víctima como un mal jugador, no de mus, sino del juego político-social del terror, pues es incapaz de plegarse a las normas que exige la nueva situación:

"Si juegas tienes que aceptar las reglas del juego y a quién se le ocurre saltárselas así. […] y los viernes, además partida de mus con la cuadrilla. Eso es eutanasia […] Si no lo aguantas, no juegues " (G, 12)

El gusto por la sociabilidad del juego pierde también al escolta recién llegado. Con su compañero de piso juega en un bar una partida de mus que no se toma en serio. Es un pretexto para entablar relaciones sociales y derivar hacia otros juegos de naipes:

"era agradable aquella partida de cartas, y me dejé llevar. Cinco no hacemos al mus como tampoco una baraja con la sota de oros hace al póquer, […] hace buena tertulia de sobremesa con charleta y risas entre las siete y media y el blackjack" (G, 18)

El escolta relaja su autocontrol en ese espacio en el que la realidad se suspende momentáneamente. Se refiere a su profesión como: "bueno, yo soy el preservativo. Como un protector" (G,20) Inmediatamente, ante la sorpresa de los demás, se da cuenta de que ha cometido un error, que él describe como error de juego, e intenta camuflarlo :

" la carta echada sobre el tapete se levanta con el codo, por intentarlo que no quede" (G, 20)

Los jugadores abandonan el lugar y su ya ex compañero de piso justifica la desbandada con un gesto que es comparado a una seña:

"me sostuvo la mirada como si estuviéramos en una auténtica partida de mus […] – Esto es lo que hay, man. Deberías irte adaptando a las circunstancias."(G, 21)

La prueba de su aislamiento es la falta de compañeros para jugar a los naipes:

" tampoco hubiese podido perderla [la forma] jugando al mus, pero no hay con quien " (G, 89)

Del juego sólo le interesa su dimensión social pues atenuaría o anularía su obligado soliloquio:

"tampoco me gustan demasiado las cartas, pero entre descartes se conoce gente, se habla, vaya" (G,89)

El guardaespaldas concibe su profesión y la situación política como un juego serio de fatal desenlace. En tal juego los gestos, como en el mus, tienen una significación e intencionalidad. El primer contacto con su protegido está preñado de sentido:

"una cordial mirada diciéndole no se preocupe, me encargo yo de que no sufra el menor rasguño, en un atentado estoy dispuesto a jugarme el tipo, a hacer de escudo humano, si hace falta, confíe en mí. […] Tampoco sé hasta qué punto le estoy engañando, nos engañamos todos en este juego macabro" (G, 35)

Algunos términos del mus han pasado al vocabulario general. Para referirse a una situación de máxima tensión, utiliza la metáfora lexicalizada "echar un órdago", expresión con la que se arriesgan los naipes. Cuando hace frente a un grupo filo-terrorista, se dice:

"es un juego al que sé adaptarme aunque ignore si en un órdago definitivo aguantaría el envite" (G, 178)

Los juegos de azar le proporcionan imágenes que usa como eufemismos. Utiliza la metáfora de la lotería para reflexionar sobre las probabilidades de salir vivo de un atentado terrorista:

"Los hay que no toman ninguna medida y no creo que tengan menos posibilidades que yo en rematar el año sabático, pero sólo en el sentido de que el premio gordo de la lotería de navidad no le toca a nadie, juegue o no juegue." (G, 119)

Que el escolta conciba su profesión como un juego y que se produzca esta contaminación entre juego y realidad es posible porque algunos aspectos del juego son comunes a la concepción que él tiene de su actividad profesional. Según Caillois, el juego es una actividad libre, separada, incierta, improductiva, reglada y ficticia[2]. Efectivamente, él desempeña esa profesión voluntaria y libremente. Está circunscrita en unos límites de espacio y de tiempo determinados: la ejercerá sólo durante un año, que él concibe y denomina como sabático. Esto supone una ruptura en su realidad vital tanto temporal como espacial. Ejercerá en una ciudad vasca no precisada. El resultado es incierto: puede morir o resultar herido o quedar sano y salvo. Contrariamente al juego, su profesión no es improductiva, pues él la ejerce por el beneficio económico que le reportará:

"Mi objetivo es alcanzar una cifra a final del año.[…] ahorrando en vicios y complementos a lo inmigrante, supongo que en un año alcanzaré en cuenta moliente la pasta a por la que he venido" (G, 46)

2 . Caillois, Roger, *Les jeux et les hommes*, Paris, Gallimard, 1967, p. 43.

Su actividad está sometida a unas reglas y es ficticia en el sentido de que él la concibe como una realidad alejada de su cotidianeidad:

> "Antes de venir aquí creía que todos los ciudadanos de este país éramos libres, pero ahora la pregunta sería de qué país estoy hablando." (G, 137)

O como una realidad que le empuja a protegerse creando un mundo ficticio o impreciso :

> "he de cerrarme en banda y no decir ripio, mejor dicho, decir cuantas inexactitudes se me ocurran para enmascarar en lo posible mi precaria identidad" (G, 45)

El escolta asimila su profesión a un juego porque en ella se reúnen las categorías fundamentales que han servido para clasificar los juegos (Caillois, 44-92). En su profesión existe un componente agónico pues debe enfrentarse con un adversario, un terrorista asesino al que debe vencer. Como este adversario es invisible y desconocido, existe un componente azaroso, pues la vida y la muerte no dependen de sus propias acciones meritorias, sino de la suerte, del destino. De ahí que utilice la imagen de la lotería. Su necesidad de protección le obliga a hacerse pasar por otro, a fingir, a camuflarse. Es decir, debe poner en marcha mecanismos próximos al simulacro:

> "El no invitado debe irse, después de haber registrado el apartamento de arriba abajo, convencido de que tú no eres nemo sino representante de condones al que le gustan los canarios." (G, 119)

Por último, en el fragor de la acción se da ese instante de vértigo que destruye la percepción de la realidad.

Como en el juego del mus, su profesión se ejerce en pareja. Designa a su compañero profesional con metáforas que empiezan con los tres sonidos del sustantivo par. Pepe es

> "no mi paredaño (unión de pared y aledaño, parece), mi pardal, mi Parsifal, mi parche, mi participio, parte de mi parte, no tu paralítico, mi particular Pepe, parco Pepe".

En los juegos con un componente mimético, un objeto se toma por otro para "hacer como si". El juguete sirve para recrear e imitar una realidad ausente. Una pistola de plástico se toma por un objeto que sirve al niño para fingirse adulto en una realidad imaginada[3]. En la realidad del escolta se produce el proceso contrario. La pistola se desrealiza en un juguete que se personifica:

> "Es una Walther 7.65 mm de geometría perfecta, rectilínea como la que esgrime Bond, James Bond […], apenas pesa porque es de plástico y el cargador de 17 balas parece de juguete, un arma para enamorarse, llamémosla Betty" (G, 37)

El arma se toma por otra cosa con la que imitar una acción ausente de la vida real. La limpieza de la pistola se convierte en un acto altamente erótico gracias a un dispositivo metafórico de gran carga sexual:

> " Me he encerrado con mi arma para ponerla a punto, cachonda perdida, con sus partes al aire del eyector a la corredera. Es algo más allá de limpiarla, de engrasarla, es magrearla, acariciarla hasta que se someta tan dócil que con un suspiro baste. Entra y sale el cargador con su peculiar chasquido, es un entretenimiento puesto que con nadie puedo hablar." (G, 148)

3. Wunenburger, Jean-Jacques, *L'imaginaire*, Paris, Puf, 2006, p.65.

El conversador es consciente de que se trata de un juego lingüístico. Como en los juegos infantiles, éste tiene crear un ámbito intermedio, protector, entre el mundo interior y el exterior[4].

Es el aspecto normativo el que más le permite identificar su profesión con el juego. Su protegido recibe 103 normas de seguridad que debe aplicar en su nueva vida de amenazado con escolta. Esa larga lista es para el guardaespaldas:

> " las recomendaciones resumen de la peli que le están pasando " y " un rosario de jaculatorias[…] Son 103 jaculatorias no morales sino científicas" (G, 33 -34)

El guardaespaldas cumple las normas profesionales:

> "Subo solo en el ascensor hasta el sexto y cumplo con el manual. Visito los rellanos del quinto, del séptimo, de nuevo el sexto…" (G, 78)

El incumplimiento de las reglas no destruye el juego, pues el tramposo finge respetarlas. Lo que lo invalida es denunciar las reglas como absurdas (Callois,38). Aunque el escolta no contesta las normas de la profesión, también infringe el reglamento en diferentes grados. Diariamente debe rellenar unos partes fastidiosos en los que altera los datos:

> "Los partes los relleno yo, no Pepe, y a mi Parsifal ya le he acostumbrado a que no critique lo falso de los lugares de desplazamiento" (G, 81)

Lo justifica señalando la inanidad de las consecuencias:

> "estafarles, ni aunque quisiéramos, no hay horas extra. Cuanto más obscuro, mejor […]" (G, 82)

Poco a poco, la empresa reduce el nivel de seguridad del profesor. Primero le proporciona un Audi blindado, después un Peugeot 404. El escolta se opone a esta política eximiendo a su protegido de firmar los documentos:

> " – Si lo desea, a partir de hoy no tiene por qué firmar el parte. Los Vips no están obligados a hacerlo. Es una nueva norma. Me la acabo de inventar […] Si algunos protegidos de alto copete […] se habían negado a firmar, ¿por qué no podía suprimir la rúbrica alguien con la categoría moral del Viejo profesor?" (G, 82)

Incumple el reglamento del uso de armas cuando el miedo se va apoderando de él:

> "prefería saltarme el reglamento, […] ahora me escoltaba a mí mismo. Bueno, que corría con Betty pegada a mi piel" (G, 90)

Pero este incumplimiento se presenta como constante y generalizado en la profesión, incluso cuando los escoltas van a la discoteca:

> "es broma y secreto compartido que si el techo del Maná fuese un imán se convertiría pronto en un museo de armas de fuego reglamentarias." (G, 154)

El incumplimiento más grave es hacer salir del País Vasco al profesor para que se solace en Castilla:

4. Winnicott, D.W., Jeu et réalité, Paris, Gallimard, 1971, p. 84-126.

"He apagado el gepese y ni los nuestros pueden localizarnos, un día de excursión y después ya vernos lo que pongo en el parte. […] Un buen síntoma de vitalidad esto de saltarse las normas" (G, 97)

Simultáneamente, se queja de las normas no contemplen toda la casuística, por ejemplo lo relacionado con los establecimientos públicos :

" si el protegido come en un restaurante de categoría, ¿qué coño haces? Las dietas de alimentación no dan ni para los entremeses y ¿entonces qué?, ¿te dejas invitar o faltas a tu obligación de estar en el mismo recinto? " (G, 99)

Estas situaciones paradójicas se extienden al núcleo del cometido profesional. En primer lugar a la reglamentación del uso de la pistola:

"En nuestro oficio sacarla es siempre una catástrofe. Su eficacia es disuasoria […] debe limitarse a su presencia oculta. Si se te ve es una multa, enseñarla es una falta grave. Disparar es equivalente al desempleo. Casi equivalente al paro, pero siendo el casi la circunstancia excepcional por la que nos emplean " (G, 41)

En segundo lugar, tampoco está reglamentado el nivel de riesgo que debe asumir el escolta:

"¿Llegado el caso hay que arriesgar, digamos perder la vida, por salvar la del protegido? ¿Actuar como escudo humano […]? En el contrato no figura esta imagen." (G, 47)

Esta ambigüedad plantea problemas éticos que el escolta no zanja previamente :

"no era nada agradable ni una decisión ni su contraria. Lo dejaste a cómo te funcionaran los reflejos si llegaba el caso." (G, 208)

En la práctica, deshace la ambigüedad arriesgando la vida y el empleo con el cuerpo y el arma:

"Instintivamente te interpones como escudo humano en la trayectoria del proyectil. Derribas a Don Obdulio para que ofrezca el menor blanco posible, recibes un impacto de obús en el pecho y disparas." (G, 208)

Pero incluso en el tráfago de la acción, el escolta es consciente de que quizás se extralimita, a la vez que disculpa a la empresa:

"Nada dice el reglamento de jugarse la vida […] puede que en el fondo no se hubieran imaginado un enfrentamiento de estas características, lo de poner por escrito escudo humano es muy fuerte…" (G, 208)

La respuesta del escolta en forma de auto-sacrificio para salvar al profesor contrasta con la de su compañero que se revela poco fiable:

"Pepe ha caído muerto en combate mientras trataba de refugiarse tras los anuncios de la parada del autobús" (G, 209)

O bien éste carecía de voluntad para renunciar a sí mismo o bien había interiorizado el sentido de la ambigüedad de la normativa. Más tarde sabrá que seguía vivo.

Si pasamos del ámbito individual al social, comprobamos que los amenazados tampoco cumplen las normas de seguridad exigidas por la empresa. El primero en saltarse las normas es el concejal socialista que escapa a la vigilancia de sus escoltas para jugar al mus. El segundo es el propio profesor que no da cuenta de sus actividades políticas a su escolta. Le coge por sorpresa su participación en una manifestación en la que los manifestantes se tienden en la vía pública para gritar:

> "el único mantra que se repetía a gritos era ¡libertad!, ¡libertad!, ¡libertad! y yo no había asistido jamás a ninguna movida donde lo que se reclamara fuese libertad. Me sonaba tan antiguo" (G, 137)

La empresa y la administración autonómica incumplen a su vez otras normas. El escolta herido por actuar como escudo humano recibe, en una celda de aislamiento de algo parecido a un hospital, la visita de un superior jerárquico que le ofrece la impunidad como regalo, en vez de su inculpación por no respetar la normativa del uso del arma :

> "hemos conseguido taparlo, ni una denuncia, ni siquiera consta en ningún informe, a ninguna administración le interesa remover este asunto […] queda libre de cargos, de culpa" (G, 219)

Al mismo tiempo, le garantiza su futuro laboral si cumple unas nuevas normas ad hoc:

> "Continuará con su sueldo hasta que se recupere, hasta que no quede rastro del dossier incoado, tranquilo, el tiempo todo lo borra, entonces pedirá la baja voluntaria y le conseguiremos una plaza de policía municipal en su pueblo" (G, 200)

Se supone que para obtener esa plaza de funcionario fuera del País Vasco se necesitará hacer nuevas trampas administrativas.

El juego de los adultos es una actividad paralela e independiente que se opone a los gestos, a las decisiones y las leyes difusas e insidiosas de la vida. Juego y vida son pues dos ámbitos diferentes opuestos y simultáneos. Pero a pesar de ello hay connivencia y posibilidades de intercambio entre ellos, pues toda institución social con sus principios funciona como un juego (Caillois, 134).

Esta semejanza posibilita que el individuo que vive en una sociedad sometida por el terrorismo utilice la imagen del juego para explicar dicha realidad. El escolta privilegia la imagen del juego en lo que tiene de realidad ajena a su cotidianeidad, de paréntesis y de excepción en su peripecia vital. Paralelamente, su protegido, para quien la realidad violenta es su única realidad, la explica también acudiendo al juego, pero de manera indirecta. Ya en paradero desconocido, aconseja a su ex escolta: "No intentes comprender esta anomia, es un trampantojo" (G,217)

El guardaespaldas, que desconoce los vocablos *anomia* y *trampantojo*, juega con una falsa etimología: "capricho de trompa, de tener una trompa" (G, 215) Privilegia trompa en el sentido de borrachera a trampa, engaño. De esta manera se presentan las dos acepciones de la palabra anomia. La primera es una situación de desorden que deriva de la carencia de normas sociales o de su degradación. La segunda es un trastorno del lenguaje que impide llamar a las cosas por su nombre. Su incomprensión de los vocablos y de la situación queda patente al final:

> "No he entendido nada de lo que me pasó en aquella ciudad.[…] nunca sabré si los buenos estaban a favor o en contra de los malos" (G, 221)

El profesor recurre a la imagen del juego social deturpado: el desorden, la degradación de las normas sociales es un trampantojo, un engaño. La sociedad bajo amenaza terrorista se basa en la anomia que reposa

en la trampa. Como hemos visto, todos y cada uno de los actores sociales, bien a título personal o colectivamente, se encargan de infringir las normas.

Concluiremos señalando que, en este monólogo, la antigua metáfora "la vida es un juego" utilizada en literatura para expresar la naturaleza aleatoria de la vida[5], le sirve al conversador para explicarse esa una realidad social ajena a la suya. Es la realidad de una sociedad bajo amenaza terrorista. Su protegido la usa de forma indirecta para expresar la falsedad y la ilusión derivadas de la corrupción del juego social. En el espacio, tiempo y circunstancias, la profesión de escolta no es un divertimento, sino algo muy serio. El acto verdaderamente lúdico es el acto de lengua: la creación de su soliloquio.

Si cambiamos de nivel, podremos establecer un paralelismo entre el personaje y el autor del texto. Este, víctima también de la violencia, inventa historias y produce discursos lingüísticos y literarios que no sirven para conjurar la violencia de la realidad. En la secuencia en la que van a ver la película *La sombra de Frankenstein* en versión original, protector y protegido reflexionan sobre la escasa incidencia de la ficción y de la historia en la vida real:

"No creo que el terror en la ficción ayude a soportar el terror en la vida real " (G, 130)

La ficción sobre el terror en tal sociedad parece ser , en definitiva, un acto testimonial y lúdico. Huizinga[6] ya probó en un estudio clásico que el espíritu del juego es esencial en la cultura y que las manifestaciones más excelsas de ésta provienen de él.

6. Paley Francescato, Martha, "El juego como metáfora de la búsqueda en la obra de Julio Cortázar", *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas*, textos reunidos por Evelyn Rugg, Alan M. Gordon, Toronto, Univeristy of Toronto, 1980, p. 273-275.

5. Huizinga, Johan., *Homo ludens*, Paris, Gallimard, 1988.